

Persona, actor, sujeto, individuo

Pensando a los actores empíricos desde y en la teoría social
(Coord. Felipe Ulloa)

Francisca Benítez

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

fbenitezp@uai.cl

francisca.benitez@mail.udp.cl

Alonso López

The New School for Social Research, Estados Unidos

alonso@newschool.edu

DOI: 10.32995/0719-64232026v12n23-239

M., Benítez, F., & López, A. (2026). "Editorial: Persona, actor, sujeto, individuo. Pensando a los actores empíricos desde y en la teoría social". *Cuadernos de Teoría Social*, 12 (23): 5-20

PERSONA, ACTOR, SUJETO, INDIVIDUO

Las cuatro categorías que titulan este número de *Cuadernos* han sido ampliamente utilizadas en la escritura sociológica, con frecuencia como equivalentes intercambiables que desdibujan las fronteras iniciales que las configuraron, si es que acaso existieron. La pregunta por los usos de estas categorías, o su respuesta, articula la propuesta del presente dossier.

Cuando una categoría se torna evidente, deja de ser vista, de ser analizada y/o sometida a escrutinio y comienza, riesgosamente, a operar como si fuese una definición pura o transparente de la realidad social que pretende explicar. El problema no radica en la existencia social de aquello que estas categorías hacen inteligibles, sino en el paso analítico mediante el cual una figura histórico-normativa se convierte en un ente empírico capaz de contener lo que consideramos como agente empírico en la vida cotidiana.

Las diversas tradiciones de la teoría social se han enfrentado, desde sus inicios, a la dificultad de comprender la relación entre singularidades concretas y tramas sociales que las exceden. Han delineado, en esa búsqueda, formas de pensar, representar y modelar aquello propio de lo individual, ya sea empíricamente, atendiendo al problema de cómo llamar al agente que actúa en la vida cotidiana, o normativamente, aludiendo a las formas culturales y políticas mediante las cuales ese agente es representado (Dumont, 1987; Elias, 1990; Taylor, 1996). La disputa, sin embargo, permanece abierta, nombrar sigue siendo una operación que exige justificación contextual, explicitación de genealogías y reconocimiento de límites (Rose, 1996; Joas & Knöbl, 2016).

Este número de Cuadernos de Teoría Social se inscribe en ese horizonte. No pretende homogeneizar definiciones ni clausurar debates, tampoco apostar por una noción unívoca ni por un eclecticismo acrítico. Reúne, en cambio, un conjunto de trabajos que someten a crítica su multiplicidad conceptual disponible e indagan en las condiciones de posibilidad de las distintas aproximaciones al problema.

Estos trabajos comparten, además, un gesto. Los trabajos aquí reunidos desplazan la pregunta desde los atributos supuestos del actor hacia las condiciones que hacen posible su producción: las condiciones distributivas e institucionales de una trayectoria, las materialidades escolares que permiten singularizarse, los soportes relacionales que amortiguan la fragilidad, los criterios editoriales que admiten una voz en el espacio público, las formas de poder que fabrican una libertad aparente, la violencia que destruye las condiciones mismas del reconocimiento.

Ese gesto común se despliega en cuatro interrogantes que organizan el número. La primera concierne al nombre ¿Qué se gana y qué se pierde al elegir una figura analítica por sobre las demás? La segunda, a las condiciones que lo hacen sostenible ¿Qué permite que una trayectoria singular se mantenga en el tiempo y qué ocurre cuando esos apoyos se vuelven ambivalentes? La tercera, en cambio, se pregunta ¿Cómo se transforma el vínculo de los individuos con el mundo, ya sea por la vía de la resonancia o por la de una dominación que se introyecta? La cuarta, al reconocimiento, es decir ¿Quién es admitido como actor, quién decide esa admisión y qué queda de la persona cuando la violencia ha destruido sus condiciones materiales?

CÓMO NOMBRAR

El artículo de Katherine Aravena que abre el dossier, “Contra la evidencia del individuo: Trayectorias, obligaciones relacionales y mediaciones institucionales en América Latina”, realiza el gesto inaugural del número, desnaturalizar una de las categorías que da nombre a la convocatoria: el

individuo. Su argumento sostiene que el uso del este tiende a superponer tres planos que conviene distinguir con precisión: el individuo como figura histórico-normativa de autonomía, la individualización como gramática institucional que desplaza riesgos y responsabilidades hacia las biografías personales, y la individuación como proceso social de constitución de trayectorias singulares bajo condiciones distributivas, relacionales e institucionales específicas. A partir de esa clarificación, la pregunta se desplaza desde las propiedades supuestas del actor hacia las condiciones bajo las que una trayectoria puede sostenerse. América Latina opera aquí como configuración crítica y heterogénea, no como excepción a la modernidad ni como unidad cultural homogénea: la desigualdad, la segmentación de la protección social y los accesos institucionales diferenciados modifican las posibilidades concretas de responder a demandas de autonomía. Su contribución radica en proponer que una sociedad exija autonomía no permite inferir de antemano cómo esa autonomía puede sostenerse, con qué apoyos ni bajo qué obligaciones.

El trabajo de Renato Moretti, “Ensamblajes escolares e individuaciones desiguales: Apuntes para una sociología del individuo en la escolarización”, responde a la misma preocupación por una vía distinta. El autor justifica la elección del individuo como figura analítica frente a persona, actor y sujeto con un argumento nítido: aquellas figuras suelen llegar al análisis dotadas de los atributos que deberían ser explicados, mientras que el individuo convierte esos atributos en interrogantes. Recurriendo a la ontología genética de Gilbert Simondon y a la teoría del actor-red, el artículo reformula la individuación como proceso abierto, relacional y dinámico, y concibe al individuo como un ensamblaje heterogéneo de elementos humanos y no humanos que se estabiliza de manera conflictiva con su medio. La escolarización chilena, caracterizada por ser segregada y estratificada por décadas de financiamiento por voucher, copago y selección, aparece entonces no como un telón de fondo empírico, sino como entorno co-constitutivo de individuaciones desiguales. Las prácticas de escritura escolar ofrecen

un caso ejemplar, desde la firma del nombre propio, que fija administrativamente las identidades y habilita registros, calificaciones y sanciones, hasta los rayados, apodos y notas clandestinas que exceden las funciones reconocidas de la institución, la escritura materializa las tensiones entre identificación, control y resistencia.

El artículo de Nicole Vallejos y Enzo Isola, “Sujetos dividuales: contradicciones en la administración de las trayectorias en la educación superior técnico-profesional”, traslada esa pregunta al terreno de las instituciones que hoy nombran y gestionan a sus actores. Mediante una revisión crítica de la literatura sobre educación superior técnico-profesional, leída como archivo de las transformaciones del campo, los autores examinan la expansión de sistemas de alerta temprana, tutorías, nivelaciones y plataformas de acompañamiento que fueron de la mano con la masificación del acceso. Su argumento identifica en ellos una doble lógica: estos dispositivos descomponen al estudiante en indicadores, riesgos y capacidades susceptibles de intervención focalizada y, al mismo tiempo, lo recomponen como individuo autónomo, responsable de articular las respuestas frente a los riesgos que la propia institución identificó. Una lectura cruzada de la disciplina foucaultiana y del control deleuziano permite precisar esa superposición, debido a que la “dividucción” no reemplaza a la individualización, sino que se apoya en ella. De allí la categoría que da título al texto, el “sujeto dividual”, que nombra la contradicción antes que resolverla. El caso resulta elocuente porque la figura del estudiante considerado no tradicional, que corresponde a la mayoría de la matrícula técnico-profesional, sigue definiéndose por su distancia respecto de un ideal de autonomía históricamente elitista. La heterogeneidad se traduce así en déficit individual, y las desigualdades estructurales, en atributos que cada trayectoria debe corregir por su cuenta.

Los tres textos coinciden en el diagnóstico, esto es, que la figura del actor no debe no debe sr analizada con atributos predefinidos, pero difieren en la estrategia con que lo enfrentan. El primero opta por una clarificación conceptual que separa registros habitualmente condensados y devuelve a

cada uno su propia pregunta. El segundo apuesta por una reformulación ontológica que sitúa el principio explicativo dentro del proceso mismo de individuación. El tercero examina las operaciones mediante las cuales una institución nombra a quienes administra, y muestra que esa nominación es ya una forma de gobierno. La diferencia es clara, debido a que supone tres maneras de entender qué hace una categoría en un análisis: ordenar distinciones, generar procesos o producir aquello que dice describir. Leídos juntos, sin embargo, los tres comparten que la singularización requiere condiciones que se distribuyen de manera inequitativa.

QUÉ SOSTIENE UNA TRAYECTORIA

Si la singularización depende de condiciones, cabe preguntar cuáles son y con qué eficacia operan. Tres textos de este número abordan ese problema desde registros distintos —la medición cuantitativa, el estudio etnográfico del exilio y la sociología del lazo social— y llegan a una conclusión convergente: los apoyos que sostienen una trayectoria son, al mismo tiempo, mecanismos de reproducción de la desigualdad que dicen amortiguar.

El artículo de Patricia Nieto-Rivera, “Resabios de desigualdad: Pruebas estructurales y soportes relacionales frente a la fragilidad social en México”, ofrece una propuesta empírica robusta. La autora retoma de Araujo y Martuccelli (2012) la noción de prueba estructural, que refiere a aquellos desafíos socialmente producidos, compartidos por los miembros de una misma sociedad pero enfrentados de manera diferenciada según los recursos disponibles, y, por otro lado, la noción de soporte, que refiere al conjunto heterogéneo de recursos materiales, institucionales, simbólicos y relacionales movilizados para hacerles frente (Martuccelli, 2007). Sobre esa base, y a partir de una encuesta aplicada a doscientas personas económicamente activas residentes en Ciudad de México, analizada mediante análisis factorial confirmatorio y modelos de ecuaciones estructurales, el artículo examina dos pruebas. La inconsistencia posicional, tal como la formulan

Araujo y Martuccelli (2011, 2012), refiere a que ninguna posición aparece plenamente asegurada y sostener el propio lugar exige un trabajo constante. La prueba del trabajo, por otro lado, se expresa en la experiencia de desmesura laboral, manifestada en la sobreexigencia extendida, la disponibilidad permanente, la implicación subjetiva y la adaptación continua, en contextos donde la informalidad, la segmentación y la debilidad de las protecciones impiden que el empleo opere como soporte estable de integración. Los resultados muestran que el acceso a recursos relacionales atenúa la intensidad de ambas pruebas y que el capital social incide específicamente en la inconsistencia posicional. La familia emerge como el anclaje primordial de la protección material y del cuidado, mientras que las amistades cumplen un papel complementario, más contingente y menos estructurado. El artículo presenta al menos dos hallazgos llamativos. El primero es que las pruebas no se limitan a los sectores tradicionalmente vulnerables, sino que también alcanzan a segmentos medios relativamente favorecidos, lo que obliga a repensar la fragilidad como condición transversal antes que como atributo de los márgenes. El segundo se refiere a la ambivalencia del soporte, ya que las redes que amortiguan esa fragilidad se concentran en ocupaciones de mayor prestigio y refuerzan mecanismos de homofilia que consolidan circuitos cerrados de oportunidades. El capital social no es, por tanto, un recurso homogéneo ni necesariamente integrador.

Si el estudio mexicano identifica a la familia como el anclaje primordial de la protección y del cuidado, la reseña de Rafael Alexandre Mello sobre *El desafío del exilio: Género, clase y partido*, de Diana Kay, publicado originalmente en 1987 y recientemente traducido al español, permite preguntar quién produce ese anclaje y a costa de quién. A partir de entrevistas con hombres y mujeres chilenos que, tras el golpe de Estado de 1973, debieron exiliarse en Escocia, el libro muestra que la trayectoria militante del “hombre público” descansaba sobre el trabajo doméstico y afectivo de la “mujer privatizada”, relegada al papel de sostén del esposo. El soporte, en este caso, no es un recurso disponible en la red, sino el trabajo de alguien

cuya propia trayectoria queda subordinada a la de otro. El exilio opera como un experimento involuntario que vuelve visible esa economía. Al desarmar las redes familiares y vecinales de cuidado y la posibilidad de pagar trabajo doméstico, el exilio obligó a las mujeres de clase media a asumir una doble jornada, mientras que algunas mujeres de clase trabajadora vieron reducido su trabajo no remunerado gracias a una organización cotidiana más favorable. La redistribución de los apoyos reordenó así quién disponía de tiempo para la vida pública y quién permanecía confinada a las tareas que exige la reproducción cotidiana. La reseña destaca, además, la capacidad de Kay para desplazarse entre niveles de abstracción, desde colectivos abstractos como la clase o las mujeres, hasta colectivos empíricos específicos y, de allí, a actores con nombre propio sin tratar el género, la clase, la identidad política y la condición de refugiado como categorías independientes, lo que le permite evitar tanto el reduccionismo estructural como el voluntarismo. De ahí que el autor lea el libro como precursor de la teoría marxista de la reproducción social y subraye su interpelación a un pensamiento crítico que desnaturalizó la alienación del trabajo asalariado mientras naturalizaba la del trabajo no remunerado.

La reseña elaborada por Rudy Letelier Durán sobre *El circuito del desapego: Neoliberalismo, democratización y lazo social* (2025), de Kathya Araujo, permite observar el reverso de este mismo problema. El texto reconstruye la relevancia de la obra en tres planos: su apuesta conceptual y metodológica por comprender el cambio social a escala del individuo, con énfasis en la vida cotidiana y en una concepción del lazo social atenta a su doble dimensión normativa e interactiva; su alcance analítico, que configura una sociología con vocación pública sin incurrir en generalizaciones apresuradas; y la centralidad otorgada a lo afectivo, donde el desapego no funciona como gesto retórico, sino como categoría que reinscribe lo anímico en el campo social. El circuito que da título al libro se despliega en cuatro estaciones que se retroalimentan: la desmesura de exigencias estructurales desbordantes, el desencanto ante promesas meritocráticas incumplidas, las irritaciones coti-

dianas que actualizan jerarquías sociales y, finalmente, el desapego mismo. La reseña subraya que este último no debe leerse como patología ni como ausencia anómica de normas, sino como una estrategia pragmática de auto-protección frente a un entorno vivido como áspero y agotador.

Puestos en diálogo, los tres textos describen una misma economía de los apoyos, observada desde ángulos complementarios. El estudio mexicano mide su eficacia diferencial; la lectura de Kay revela que todo soporte es el trabajo de alguien y que su distribución responde a jerarquías de género y de clase; la reseña de Araujo muestra qué ocurre cuando las exigencias exceden de manera sostenida los recursos disponibles, de modo que el repliegue protector no aparece como una falla del vínculo, sino como una respuesta razonable a su costo. En los tres casos, la protección tiene precio: la red que amortigua también segmenta, el cuidado que sostiene una trayectoria puede subordinar otra y el distanciamiento que preserva también erosiona aquello que hace posible la vida común.

CÓMO CAMBIA EL VÍNCULO CON EL MUNDO

Una tercera línea del número se ocupa de la transformación, es decir, cómo se modifica la relación de los individuos con el mundo que habitan. Dos artículos la abordan desde lugares opuestos, y su contraste constituye un cruce muy productivo para el punto de partida de este dossier.

Andrés Aedo interviene en el problema del cambio en “La resonancia de la agencia individual como mediación entre las fases de morfogénesis estructural: El romántico suplemento de Rosa en la esquemática analítica de Archer”. El artículo identifica un vacío en la analítica morfogenética de Margaret Archer, referido a la ausencia de un concepto capaz de dar cuenta del proceso por el cual los individuos modifican su adhesión a las identidades sociales, y propone complementarlo con la noción de resonancia de Hartmut Rosa. La operación es doblemente arriesgada, debido a que introduce un concepto de estirpe romántica en un esquema de raíz

analítica, y doblemente fértil: permite explicar el compromiso intenso con ciertos aspectos del mundo y su transformación, y conecta la biografía individual con los acontecimientos históricos y la morfogénesis estructural. El rendimiento de esta síntesis se hace visible en la lectura del estallido social chileno que el artículo propone: la vivencia masiva de resonancias horizontales y de autoeficacia frente a la violencia estatal permitió a jóvenes de comunas populares reevaluar sus preocupaciones últimas, transformar sus proyectos biográficos y sostener la demanda por un proceso constituyente. De allí se deriva una consecuencia política de largo alcance, al proponer que la legitimidad de un orden social descansa menos en la coerción que en su capacidad de generar experiencias y vínculos resonantes, razón por la cual permanece siempre en situación de plebiscito permanente.

El trabajo de Bruno Mago, “Sujeto, poder y heteronomía introyectada: A propósito de las formas de dominación y apariencias de libertad”, recorre el camino inverso. Mediante una reconstrucción conceptual de carácter constelatorio que hace converger la teoría crítica, la analítica del poder y el psicoanálisis, el artículo cuestiona la hegemonía de la concepción negativa de la libertad y propone la noción de heteronomía introyectada para nombrar la disputa que atraviesa el núcleo de la subjetividad entre el ser-para-sí y el ser-para-otro. La tesis es incómoda y precisa: las formas más eficaces de dominación no aniquilan la libertad, sino que la metabolizan, de modo que el empresario de sí mismo asimila la expropiación sistémica y el mandato ajeno como fruto de su libre elección y habita un simulacro de autonomía. Con todo, el argumento no se cierra sobre sí mismo. El resto real inasimilable del sujeto constitutivamente dividido produce una disonancia ética y vital imposible de suturar, y es en esa fisura donde el texto localiza la condición de posibilidad de una agencia crítica y de un lazo que no exige la anulación de las diferencias.

Existe una divergencia entre los trabajos de los autores, pero ambos convergen en una tesis fuerte: ni la reproducción del orden ni su clausura están garantizadas. El vínculo con el mundo permanece abierto, y esa aper-

tura, resonante en un caso y disonante en el otro, constituye el lugar donde se juega la posibilidad del cambio.

QUIÉN ES ADMITIDO

La cuarta interrogante, antes de preguntar cómo se constituye una trayectoria singular, se pregunta por quién es reconocido como candidato a tenerla. Dos textos muy distantes entre sí, un artículo sobre la prensa de las independencias y una reseña sobre la violencia en Perú, coinciden en situar el reconocimiento como condición previa de la individuación.

Daniela Doren Santander aporta una perspectiva sociohistórica en “Individuo y prensa en el sur americano (1808-1824): Criterios editoriales de admisibilidad como entrada al estudio sociohistórico del campo político-comunicacional”. A partir de un corpus de 1.026 cartas personales publicadas en veinticuatro periódicos de Argentina, Chile y Perú, el artículo propone una traducción operativa del individuo como texto que enuncia un yo, implícito o explícito. Su aporte metodológico es decisivo: las cartas publicadas en la prensa son producciones colaborativas entre escritor y editor y, en consecuencia, no constituyen expresiones diáfanas de subjetividad individual, sino evidencia de los criterios editoriales que determinaban qué voces resultaban admisibles en un espacio en transición del orden colonial al republicano. De ese desplazamiento emergen tres modalidades del individuo local: el velado, que recurre al anonimato o al pseudónimo como forma de protección y de transgresión frente a un orden que no reconocería su voz; el cívico, que cruza el umbral hacia lo público con nombre propio, apoyado en saberes letrados; y el instituyente, encarnado en el editor que funda una autoridad comunicacional nueva en nombre de valores colectivos republicanos y desplaza gradualmente la legitimidad imperial. La transformación más profunda, sugiere el texto, no atañe a quién habla sino a quién decide quién habla.

La reseña de Nicolás Angelcos sobre *Persona* (2025), de José Carlos Agüero, lleva esa misma pregunta a su límite. Escrito desde una posición biográfica inestable, la de un hijo de militantes de Sendero Luminoso asesinados por el Estado peruano, y compuesto por fragmentos, poemas, fotografías, mapas y documentos de archivo, el libro desafía las narrativas con las que la historia oficial, la memoria senderista y el campo académico han buscado representar la violencia. La reseña muestra que, en este libro, la pregunta sobre qué es una persona no admite la respuesta habitual de la sociología heredera del pensamiento moderno, que la define por su unidad e identidad. Tras la tortura, la masacre y la desaparición, esa unidad ha sido herida de muerte, la pregunta por quiénes somos se vuelve una búsqueda física de restos corporales y la persona aparece menos como identidad fija que como un inestable nudo de posibilidades. Agüero rechaza, además, las narrativas cómodas de la empatía pública y reclama un análisis riguroso de los efectos del poder sobre los cuerpos: recordar, insiste, no es empatizar sino analizar. Si algo nos vincula éticamente a los destruidos, sugiere hacia el final, es el silencio. Para sociedades como la chilena, que a más de cincuenta años del golpe de Estado aún se esfuerza por encontrar a sus muertos y reubicarlos en una nueva cartografía, la interpelación es directa.

Poner en serie un análisis de criterios editoriales de 1808 y una lectura sobre la desaparición forzada puede parecer arbitrario, pero no lo es. Ambos textos muestran que la admisión al estatuto de actor no es un dato previo al análisis sino su primer problema y que esa admisión se decide en instancias que rara vez coinciden con el propio actor, como un editor que selecciona qué carta publica o un Estado que determina qué vidas cuentan como vidas. En un caso, el umbral se desplaza y amplía, mientras que en el otro, se cierra de manera irreversible sobre los cuerpos. Entre ambos extremos se extiende el campo donde las categorías que este número discute –individuo, sujeto, persona, actor– adquieren su peso político.

HORIZONTES ABIERTOS

Es necesario destacar que, si bien varios de estos trabajos desarrollan argumentos de alcance teórico general, quienes los escriben lo hacen desde, y para, el contexto latinoamericano. Las nociones de individuación como ensamblaje, de prueba estructural, de soporte relacional o de criterio editorial de admisibilidad no operan como importaciones conceptuales, sino como herramientas forjadas en diálogo con condiciones históricamente situadas: sociedades atravesadas por desigualdades persistentes, protección social segmentada, instituciones de eficacia desigual e individuos que, con frecuencia, dependen más de sí mismos y de sus relaciones interpersonales que de un soporte institucional estable.

En conjunto, los textos reunidos muestran que la pregunta por el nombre del actor empírico no es un problema de nomenclatura. Cada una de estas figuras –persona, actor, sujeto, individuo– arrastra una genealogía, habilita ciertas observaciones y clausura otras, y compromete supuestos normativos que rara vez se explicitan. Elegir entre ellas es un acto teórico con consecuencias empíricas: decide qué se toma por dado y qué queda por explicar. Y decide también, como muestran los últimos textos de este número, qué formas de existencia social quedan fuera del alcance de la pregunta.

Más que respuestas cerradas, este dossier invita a sostener la pregunta abierta. Los trabajos aquí reunidos dejan planteadas interrogantes que vale la pena continuar: ¿cómo describir trayectorias singulares sin deducir sus propiedades de una figura normativa de autonomía? ¿qué se gana y qué se pierde al tratar la individuación como proceso en lugar de tratar al individuo como unidad? ¿bajo qué condiciones institucionales y relacionales una exigencia de autonomía puede sostenerse, y qué hacer cuando los apoyos que la sostienen reproducen la desigualdad que atenúan? ¿cómo pensar al actor allí donde la violencia ha destruido las condiciones materiales de su reconocimiento?

Abordar estas preguntas exige cruzar fronteras disciplinarias y tradiciones que rara vez se encuentran: poner en conversación el realismo ana-

lítico con la teoría crítica, la ontología de la individuación con la sociología del trabajo, la historia de la comunicación con los estudios de memoria, la sociología del individuo con el psicoanálisis. El trabajo teórico, lento, situado y siempre provisional, sigue siendo la tarea. Cuadernos de Teoría Social se ofrece como espacio para continuarla.

BIBLIOGRAFÍA

- AGÜERO, J. C. (2025). *Persona*. Santiago: Atmosféricas / Fondo de Cultura Económica.
- ARAUJO, K., & MARTUCCELLI, D. (2011). La inconsistencia posicional: Un nuevo concepto sobre la estratificación social. *Revista CEPAL*, 103, 165–178. <https://doi.org/10.18356/20764528-es>
- ARAUJO, K., & MARTUCCELLI, D. (2012). *Desafíos comunes: retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Tomo I: Neoliberalismo, democratización y lazo social. LOM Ediciones.
- ARAUJO, K. (2025). *El circuito del desapego. Neoliberalismo, democratización y lazo social*. Santiago: Pólvara Editorial.
- ARAUJO, K., & MARTUCCELLI, D. (2012). *Desafíos comunes: retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Santiago: LOM.
- ARCHER, M. (2009). *Teoría social realista: el enfoque morfogenético*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- DUMONT, L. (1987). *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid: Alianza.
- ELIAS, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- JOAS, H., & KNÖBL, W. (2016). *Teoría social. Veinte lecciones introductorias*. Madrid: Akal.
- MARTUCCELLI, D. (2007). *Gramáticas del individuo*. Losada.
- ROSE, N. (1996). *Inventing Our Selves: Psychology, Power, and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- TAYLOR, C. (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.

AGRADECIMIENTOS

El equipo editorial agradece especialmente a Felipe Ulloa, sociólogo de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, magíster en Ciencias Sociales con mención en Estudios de la Sociedad Civil y estudiante del Doctorado en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago de Chile, quien acompañó este número desde sus inicios. Sus aportes, sostenidos a lo largo de todo el proceso, fueron significativos para dar forma al dossier.